

## NUMERO 65

# 43ª SESION ORDINARIA DEL 22 DE SEPTIEMBRE DE 1899

PRESIDENCIA DEL SEÑOR IGARZÁBAL  
Y DEL DOCTOR QUIRNO COSTA, EN SEGUNDA HORA

SUMARIO: I.—Asuntos entrados.

II.—Aprobación, en general, de los proyectos financieros despachados por la Comisión de Hacienda en mayoría.

Señores senadores — En Buenos Aires, á los veintidós días del mes de septiembre de mil ochocientos noventa y nueve, reunidos en su sala de sesiones el señor Presidente y los señores senadores al margen consignados, se abre la sesión, con inasistencia de los señores Pérez con licencia y Mitre con aviso.

—  
Anadón  
Aparicio  
Avellaneda  
Barbeito  
Barraza  
Benegas  
Cané  
Carbó  
Córdoba  
De la Torre  
Díaz  
Doncel  
Figueroa  
Figueroa Alcorta  
Gálvez  
García (A. P.)  
García (F. L.)  
Guñazú  
Herrera  
Igarzábal  
Mantilla  
Maciá  
Mendoza  
Morón  
Pellegrini  
Uriburu  
Virasoro  
Zavalia

Leída y aprobada el acta de la anterior, de 16, 19 y 21 del corriente (42ª ordinaria), se da cuenta de los

### I

#### ASUNTOS ENTRADOS

#### COMUNICACIONES OFICIALES

Buenos Aires, septiembre 20 de 1899.

Al honorable Congreso de la Nación:

La importancia, cada vez mayor, que toma el cultivo de los sueros en la profilaxia y tratamiento de las en-

fermedades del hombre y de los animales, ha dado lugar, en otros países, á la fundación de institutos especialmente dedicados á este trabajo. Entre nosotros, también se han hecho loables esfuerzos para incorporar á nuestros progresos este valioso complemento, pero el Poder Ejecutivo cree que es indispensable centralizar todas estas iniciativas, estableciendo formalmente, y bajo el patrocinio del Gobierno Nacional, un Instituto de bacteriología y seroterapia, dotado de todas las instalaciones adecuadas para poder llenar cumplidamente sus fines.

Obedeciendo á este propósito, el Poder Ejecutivo propuso en la ley general de presupuesto una partida destinada á la construcción de un edificio para este fin, pues el país no puede, en materia de tan alto interés general, estar solamente atendido á lo que pudiera conseguirse en el extranjero recurso eventual que cualquier día puede desaparecer, dejando desarmada de tan precioso auxilio á la higiene y terapéutica nacional.

El Departamento Nacional de Higiene tiene establecidas algunas secciones del instituto que se proyecta, pero en las precarias condiciones en que se encuentra, no puede llenar, ni remotamente siquiera, la misión que les está confiada.

El instituto servirá de poderosa y eficaz ayuda á la policía sanitaria, simplificando su procedimiento, facilitando el diagnóstico bacteriológico de las enfermedades infecciosas, circunstancia de capital importancia en las medidas profilácticas que deben adoptarse en los primeros casos de una enfermedad exótica: se haría allí el estudio sanitario de las aguas de consumo y el análisis de sustancias alimenticias, se cultivarían la vacuna germesiana y los sueros preventivos y curativos de la difteria, la rabia, la fiebre amarilla, la peste, el cólera, tétano y otras más que se agregarían sucesivamente á medida que los progre-

ses de las ciencias incorporasen nuevos elementos; también tendrían en el instituto una preferente atención, el estudio de las enfermedades de los animales y sus medios preventivos y curativos, cumpliendo así uno de los deberes primordiales del Gobierno para con la principal industria del país.

El Gobierno Nacional estaría entonces seguro de poseer, en cualquier momento, los elementos necesarios para acudir en defensa de la salud pública, y no se encontraría, como ahora, á merced de lo que pudieran enviarse del extranjero, expuesto á no conseguir por ningún medio lo que con tanta urgencia necesita, como acontece con el suero preventivo de la peste, que es solicitado al mismo tiempo de todos los países del mundo, sin que haya otra fuente de producción que la creada por el «Instituto Pasteur» con la ayuda del gobierno francés.

El gasto que exige la construcción y mantenimiento del establecimiento, se ha de cubrir, en parte, con el producto de la venta de sueros, que tendrían una salida continua y cada vez mayor.

El Poder Ejecutivo, ante tan vitales intereses, no vacila en solicitar de vuestra honorabilidad la sanción del adjunto proyecto de ley, en la convicción de que gastos de esa naturaleza no afectan sino transitoriamente el tesoro nacional, que recogerá, en un futuro inmediato, los frutos de la salubridad de las poblaciones de la República y de la prosperidad de los ganados.

Dios guarde á vuestra honorabilidad.

JULIO A. ROCA.  
FELIPE YOFRE.

PROYECTO DE LEY

*El Senado y Cámara de Diputados, etc.*

Artículo 1.º—Autorízase al Poder Ejecutivo á invertir hasta la cantidad de cien mil pesos (\$ 100.000) moneda nacional, en la construcción é instalación de un edificio destinado á instituto de bacteriología y seroterapia.

Art. 2.º—El presente gasto se hará de rentas generales.

Art. 3.º—Comuníquese al Poder Ejecutivo.

YOFRE.

PETICIONES PARTICULARES

Varios agricultores de Pigüe (Provincia de Buenos Aires) se adhieren á los proyectos financieros del Poder Ejecutivo.

—A sus antecedentes.

DESPACHO DE COMISIONES

La del Interior se ha expedido en los siguientes asuntos:

1.º—En el mensaje del Poder Ejecutivo, ampliando en \$ 320.000 oro la partida para conservación del canal norte del Puerto de la Capital.

2.º En el proyecto en revisión, sobre construcción de un *sanatorium* de tuberculosos en la Provincia de Córdoba.

—A la orden del día.

II

**St. Presidente**—Continúa la discusión pendiente.

El señor Ministro de Hacienda ha hecho presente que se encuentra enfermo, y que no podrá concurrir á la sesión, y al mismo tiempo ha manifestado su deseo de que por este incidente no se interrumpa la discusión.

**Se Anadon**—Pido la palabra.

Antecedentes y deberes de consecuencia, señor Presidente, me obligan á fundar mi voto en este asunto, á pesar de que mis condiciones físicas casi puede decirse que lo impiden.

No es esta una declaración banal, de esas que se hacen habitualmente en estos casos. Creo que es un deber manifestar las opiniones en asuntos de esta naturaleza, que tan profundamente afectan todos los intereses del país, y por eso domino los inconvenientes físicos y abordo la cuestión con todas las deficiencias que en una discusión de este género se deben presumir.

Por otra parte, este asunto tiene tales dificultades por su complejidad, que se necesita un dominio de la palabra que á mí me falta, y, sobre todo, el dominio de la materia, que no es común, para considerarla bajo sus múltiples aspectos; y ya que sea inevitable omitir más de uno de ellos, por lo menos presentar una de esas síntesis suficientemente amplias y comprensivas, que son necesariamente el patrimonio de los maestros. La cuestión monetaria, en este caso, es una faz aislada del problema. Los impuestos y su elevación y su incidencia; la cuestión de la renta y sus mil derivados; el problema de los salarios, sobre el cual he visto recientemente un estudio publicado por el señor Ministro de los Estados Unidos, Mr. Buchanan, que contiene revelaciones extraordinarias para mí; la administración pública y sus gastos, especialmente la deuda flotante, que ya pesa como una montaña sobre nuestras finanzas; los transportes que tanto dificultan la producción nacional en este momento; todas estas cuestiones, y otras muchas aún debieran ser abordadas, estudiadas y discutidas en su conjunto y sus deta-

lles, para formar un juicio claro y concreto del asunto.

Por esto, señor Presidente, yo coincido con las opiniones del señor senador por Salta, miembro disidente de la Comisión en este caso; yo creo, como él, que el Poder Ejecutivo no ha podido, no ha debido enviarnos un asunto de esta naturaleza, sin los estudios previos que considero indispensables.

Más me atrevo á decir: por convenientes que sean las facultades, por superior que sea el talento, por vasta que sea la experiencia de los negocios, no hay un hombre en el país que pueda decirse, en este momento, preparado.

—¡Bien! ¡Muy bien!

Es una *enquête* en la forma que se hacen en Inglaterra, Francia, Italia y Estados Unidos; eso es lo que debía preceder á estos proyectos, eso es lo que ha demostrado el distinguido escritor oriental, doctor Angel Floro Costa, en un artículo impreso bajo el rubro de *enquête quand même*.

Tiene perfecta razón; en este país lo ignoramos todo; nuestras estadísticas no merecen fe; nadie conoce el monto de las obligaciones del tesoro. Si se reúne á media docena de estadígrafos y se les pregunta cuáles son los déficits de nuestros presupuestos y cuál la deuda flotante, resultará que ninguno está de acuerdo sobre un hecho perfectamente averiguable. El comerciante, el industrial, el consumidor; en general todos los gremios han debido ser llamados á exponer su situación y sus deseos. No era esta una obra de romanos, ni es tampoco un expediente dilatorio; yo no hubiera querido que la solución se dilatase indefinidamente.

Considero que es necesario abordar estos asuntos; que la crisis producida por la valorización rápida del papel impone algún temperamento, pero sostengo que el actual no consulta las necesidades ni las exigencias del país. El año anterior, á principios de la actual presidencia, se inició una solución análoga á la que ahora se propone, se indicó también el expediente de una conversión más simple, limitada á reproducir casi textualmente el ejemplo de 1867 en la Provincia de Buenos Aires.

El proyecto aquel no comprendía todas las exornaciones de que ha dado buena cuenta el señor senador por Salta, demostrando la insubsistencia de los recursos calculados; pero en definitiva, se

trataba de la misma solución: una conversión sin base metálica y sin crédito.

Todos los señores senadores recordarán la reprobación pública, es la palabra, que mereció aquel proyecto, abandonado luego por la resistencia universal que suscitaba. Desde entonces la administración actual, que ya notaba los inconvenientes anexos á la valorización rápida, pudo y debió, repito, preparar el terreno, ejecutar la *enquête* que el señor senador por Salta requería.

El señor Ministro de Hacienda nos decía que es conocida la ley que rige estos fenómenos, y agregaba: que en cualquier manual se encuentra la solución.

Tenía razón, pero no se trata de nociones abstractas, de conocimientos teóricos, sino de la situación del país, de sus necesidades propias; de si la crisis agrícola es como se la pinta y si obedece á las causas que se creen determinantes.

De manera que en el breve espacio de seis semanas, desde que se empezó á hablar de estos proyectos, ha tenido que formarse el país una opinión; ¿qué ha resultado de esto? que no se ha formado todavía; que hasta los gobernantes desconfían, porque ni los especialistas y estadígrafos tienen hoy mismo los datos necesarios para ilustrar el juicio público.

Por eso estamos todos en la mayor perplejidad.

No hay una opinión pública formada, y si se necesita la comprobación más elocuente de que todo esto se improvisa, me basta recordar los *meetings* de la industria y del comercio, celebrados á fines de junio y julio, respectivamente; son las mayores asambleas populares que se han visto en este país desde hace muchos años.

Jamás se habrá encontrado un concurso mayor de voluntades y de opiniones concordantes en este género de asuntos. Las comisiones directivas de esos *meetings* expresaron, en sus presentaciones al Congreso, cuáles eran las verdaderas aspiraciones de la multitud representada. Consúltese esas solicitudes, estúdielas, señor Presidente, y se verá que ni siquiera se insinúa que el remedio estuviese en la repudiación del papel moneda. Nadie pidió la fijación de un tipo; los industriales recordaban al pasar que la valorización rápida producía la perturbación que todos conocemos; pero nadie solicitó que se alterasen los valores, nadie se atrevió á llevarse por delante el concepto universal, las consideraciones

del crédito y del respeto á la fe pública que están más ó menos en el espíritu de todos. Es ahora, es *á posteriori* que se está haciendo una propaganda de encargo en todas partes.

En la provincia que represento, en la Provincia de Santa Fe, no es, ni allí siquiera, unánime la opinión respecto del fenómeno de la valorización. Tengo á la vista la carta que me dirige una persona perfectamente autorizada que abona sus informes por el hecho de ser agricultor de tres mil hectáreas y ganadero al mismo tiempo.

Estudia aquí la cuestión bajo la faz práctica, y ya que hablo de la faz práctica, señores senadores, ¿por qué no detenerme un instante á recordar esta distinción sutil, pero cuya eficacia se me escapa, que suele hacerse de ordinario entre la teoría y la práctica?

Se suelen desdeñar las enseñanzas de la ciencia, se menosprecia el testimonio de los autores, se dice que la práctica no abona la doctrina, que ella corrige cuando no contraria las afirmaciones de la ciencia; como si la práctica, señor Presidente, fuese otra cosa que la teoría en acción y hubiera en la teoría algo más que un conjunto de prácticas, es decir, de observaciones, de hechos que se reducen á sistema. Eso no más es la teoría.

Por consiguiente, no puede haber ni hay contradicción entre la teoría y la práctica; lo que la una enseña, la otra lo confirma, y por eso este señor, que es un hombre teórico y un agricultor y ganadero práctico, afianza la teoría con el testimonio de los hechos.

Yo haré gracia á los señores senadores de los detalles que aquí se consignan respecto á la crisis actual de la agricultura, sosteniéndose, en definitiva, «que lo que perjudica á la ganadería y á la agricultura no es la baja del oro, sino el desequilibrio entre el precio de producción y de consumo; que con los proyectos en discusión no se establece ese equilibrio, desde que la conversión es á largo plazo, y dada la inestabilidad de nuestra legislación, no puede saberse si el año que viene ó dentro de dos ó tres más, se ha de persistir en el propósito».

Y aquí tengo que referirme, de paso, á una observación que recogía el señor senador por Buenos Aires en el primero de sus discursos. Decía que el argumento de la inestabilidad en esta materia, era una injuria; que no podía partirse de esa base para censurar ó criticar una medida administrativa ó legislativa, y yo no considero que haya injuria en esta duda.

Por desgracia, este es un mal ingénito de que adolecen no solamente nuestros poderes públicos, sino el gobierno democrático en todos los pueblos de la tierra; aun en sociedades mejor organizadas, que ya han hecho su evolución institucional, como los Estados Unidos, aún allí la inestabilidad, la anomalía, el capricho de las circunstancias determinan las soluciones mas variadas.

La legislación está llena de incongruencias, y especialmente en materia de crédito público, los abusos y las contradicciones son la regla. De manera que este señor no hace una injuria cuando dice que no se puede saber si el año que viene ó dentro de dos ó tres años se persistirá en los propósitos que hoy tiene el Poder Ejecutivo.

En cuanto á las cifras, están aquí á la disposición de quien quiera consultarlas. Me limitaré á decir que, en definitiva, se demuestra que, con el oro á doscientos cincuenta, el agricultor que ha sembrado mil quintales tiene un saldo de 3199 pesos; que, con el oro á doscientos, el beneficio es de 3246 pesos; y este cómputo, vuelvo á repetir, no es caprichoso; hace mérito de todos los gastos: manutención, siega, trilla, bolsas, peones, transporte, máquinas, etc.

Pero, señor, no es raro el hecho de la desorientación pública en este asunto. Hay una verdadera anarquía de opiniones por la novedad del caso, porque estas fijaciones de tipo, estas alteraciones fueron siempre aconsejadas por la depreciación; se han considerado en todos los tiempos como una especie de medida de salvación común para atender á una exigencia pública verdaderamente impostergable.

En 1863, cuando se trató en la Provincia de Buenos Aires de la fijación de un tipo, fué esa también la razón determinante.

La Comisión de Hacienda de la Cámara de Diputados de la Provincia, en su minuta de comunicación dirigida á esa misma Cámara, decía:

«La Comisión se ha encontrado, al despachar este proyecto, en una de aquellas épocas en que el papel moneda ha sufrido su mayor descrédito, y en que, por lo tanto, la opinión pública unánime reclama alguna pronta medida que tienda á su reconocimiento como deuda pública exigible».

La opinión pública unánime, y ello era tan cierto, señor Presidente, que eran los mismos hombres de la bolsa, del comercio, los rentistas, los ganade-

ros, todos solicitaban la medida por eso fué sancionada entonces *nemine discrepante* en ambas cámaras.

Es esta la primera vez que entre nosotros, ó en otra parte del mundo, se va á la conversión para contener la valorización; y, en el interés de que se vea que este es el hecho por todos admitido, voy á referirme á un testimonio que no es el de un ideólogo ó nihilista, á un testimonio de mayor excepción, al de un hombre que ha defendido conscientemente, en muchos casos, la verdadera industria nacional, que ha peleado hace más de treinta años todas las batallas del orden y del gobierno regular en nuestros pueblos, y que hoy, sí, puedo decirlo sin agravio de nadie, el publicista más autorizado que tiene el Río de la Plata, en estas y otras materias. Ya se comprenderá que me refiero al señor don Agustín de Vedia.

El señor Vedia dice:

«La gran cuestión para los hombres de estado, bajo el régimen del curso forzoso, consistió siempre, en todo tiempo, en valorizar el medio circulante, ya que no era posible pensar en el medio único y prácticamente eficaz de garantizar la moneda fiduciaria, que no es otro que el de cambiarla á la vista por buena moneda efectiva, pesada y sonora».

«Valorizar el papel era la palabra de orden, la constante preocupación, el interés y el deber. Los bancos oficiales y los gobiernos no tenían otro programa, el mas racional y el más lógico. Defendían así su crédito y sus recursos. La moneda papel constituía su único tesoro, y cuando más se depreciara aquélla, más debía reducirse el último».

«A ninguno podía ocurrírsele jamás hallar una ganancia en el descrédito de sus títulos, no siendo algún quebrado fraudulento de esos que especulan con su propia deshonra, comprando á vil precio su firma para aprovecharse de un saldo usurpado á sus acreedores».

Pero, además, la presentación y discusión de estos proyectos, señor Presidente, ha sido precedida de una propaganda perturbadora y calculada para extraviar la opinión pública.

Yo he leído, en diarios que parecen serios, afirmaciones de este calibre: «La apreciación del billete es la depreciación del país». «La baja del oro es el alza de la miseria pública». Afirmaciones de este jaez, señor Presidente, que de tal manera subvierten todas las nociones universalmente admitidas en esta materia, no se habían vuelto á oír entre nos-

otros desde los tiempos clásicos de «la crisis de progreso». En este sentido, el discurso del señor senador por Buenos Aires ha importado un verdadero desagravio del sentido común y de las verdades económicas en la República.

-- ¡Muy bien! Aplausos.

**Sr. Presidente**—Hago presente á la barra que las manifestaciones están prohibidas en cualquier sentido, y me veré en el caso, respecto de cualquier tribuna de donde se hagan manifestaciones, de hacerla desalojar.

**Sr. Anadón**—Es natural que siendo tan diferentes los puntos de vista doctrinarios del señor senador por Buenos Aires respecto de los míos, yo tenga que hacer más de una salvedad á sus conclusiones, pero estoy perfectamente de acuerdo con algunas, y, entre otras, con la siguiente: «No hay esfuerzo, no hay sacrificio que no deba ser hecho por un pueblo para suprimir la moneda fiduciaria y restablecer la moneda sana que asegure la estabilidad de los valores».

Pero la estabilidad á que el señor senador y yo aspiramos, no puede ser la obra de un *fiat* legislativo. La conversión rusa que se ha traído, y mal traído á este propósito, desde un mes á esta parte, no puede ser invocada entre nosotros cuando se quiere hacer una conversión artificial.

La conversión rusa ha sido el resultado de cuarenta años de preparación; se ha conseguido por los excedentes del presupuesto, ¡y qué excedentes, señor Presidente! Los ocho años anteriores á la conversión, del 89 al 93, las entradas del tesoro ruso han dejado un exceso de más de 600.000.000 de rublos; las arcas fiscales tenían 800.000.000 de rublos en metálico; la deuda pública había sido amortizada constantemente durante muchos años; en una palabra, más de un tercio de siglo de orden, de previsión, de economía, fueron los elementos con los cuales se preparó la conversión en aquel país de los autócratas.

El mismo señor Vedia, cuya colección de artículos constituye un verdadero *vademecum* para esta cuestión, ha establecido, con la claridad que le es propia, las cuestiones previas que en Rusia fueron resueltas antes de abordar el problema de la conversión: ¿en qué condiciones estaba el país para soportarla, atendido el medio económico y el conjunto de sus fuentes de producción y de vida?

Dada la situación del mercado mone-

tario, ¿qué orientación debía tomar el programa de la reforma?

¿Debía ella efectuarse en el sentido de reducir el papel moneda á su valor nominal, limitando su cantidad ó aumentando la reserva metálica, ó más bien, debía aceptarse la depreciación fija, que había de ser la base del nuevo talón para el comercio interior y exterior?

¿Cómo debía resolverse el cambio de los billetes de crédito ó los rublos papel contra especies metálicas? ¿Era el papel un signo representativo de la moneda de plata, única que debía afectarse á su rescate; ó de plata y oro, ó exclusivamente de la última moneda?

Tratándose de establecer un patrón-tipo, ¿debía mantenerse el rublo-plata, en su función de unidad fundamental, ó destronarlo para inaugurar francamente, en su lugar, el patrón de oro?

Admitida la necesidad y la ventaja del monometalismo oro, ¿á qué tasa debía rescatarse los billetes de crédito, y por consiguiente el antiguo rublo plata?

Y aún no están aquí todas las cuestiones discutidas y resueltas en Rusia antes de llegar á la conversión que nos aconsejan imitar.

Si hacemos, señor Presidente, un paralelo con la República Argentina, toda la desventaja estará de nuestra parte. No hay excedentes en nuestros presupuestos, y creo que no habrá memoria entre nosotros del fenómeno. Hubo un tiempo en que al informar el presupuesto se mencionaban superabits, que luego, por desgracia, resultaron siempre imaginarios.

La deuda pública, que en Rusia ha sido constantemente disminuída en los años que precedieron á la conversión, entre nosotros ha aumentado en progresión geométrica de doce á quince años á esta parte. De los encajes metálicos de nuestro tesoro, me parece que puedo prescindir. Pero á todo esto se agrega aún que hemos estado durante diez años abocados á un conflicto internacional gravísimo; que ese peligro nos ha obligado á erogaciones extraordinarias, á votar presupuestos que casi han duplicado los ordinarios de la administración. Hemos gastado centenares de millones de pesos para poner al país en condiciones de defensa; y es en estos momentos—cuando no convalecemos todavía y necesitamos reestablecer nuestras finanzas, poner orden en la administración, hacer economías y mejorar en todo sentido las condiciones del país—es cuando abordamos este problema de la conversión, so pretexto de

que hay intereses afectados por la valorización de la moneda.

Yo creo, señor, que difícilmente, en la larga historia de las dificultades de nuestro crédito, podría haberse encontrado una ocasión menos propicia.

Pero, aunque se supongan vencidos los obstáculos, aunque se opere realmente por este proyecto la estabilidad de la moneda, ¿cuáles van á ser los resultados?

La base de los proyectos, entiendo que es la hipótesis de que el oro á doscientos es la ruina de la producción nacional. Los partidarios de la conversión creen que una depreciación de dos por uno estorbaría la producción industrial y agrícola del país. Tenemos enfrente un ejemplo que prueba lo contrario: la República Oriental produce trigo como nosotros; más lejos, la Rusia y Australia producen también trigo, y están á oro, y compiten con nosotros, y sus precios son inferiores á los nuestros en el mercado internacional.

Pero, en fin, suponiendo que la valorización suscite de suyo grandes males, porque indudablemente no se puede operar esta transición sin producir muchos trastornos, consideremos que tiene un valor fijo el nuevo peso de cuarenta y cuatro centavos. Habrá dejado entonces de ser inconvertible; el precio de las cosas tendrá que acomodarse al nuevo instrumento de los cambios; pero esta moneda será sana y surtirá los mismos efectos del metálico. ¿Qué prima tendrá la producción nacional, en ese caso, y cómo resistirá la competencia universal el agricultor argentino que hoy se sostiene solamente con la protección del papel moneda depreciado?

Si este proyecto se realiza, el nuevo peso ha de ser estable y permanente; pero como á esta condición no pueden vivir nuestras industrias, la producción volverá á solicitar de los poderes públicos el mismo remedio que ahora les reclama.

¿Qué hará el Gobierno si se produce una crisis nueva?

¿Podrá cruzarse de brazos y escuchar impasible que se le imputen las consecuencias del desastre, en gran manera provocado por su misma intromisión?

¿Cómo podría abstenerse de ejercitar su alta misión?

Señor Presidente: entre sus muchas inconvenientes, los proyectos que se discuten contribuirán á fomentar esta obsesión nuestra del Estado Providencia, del estado como única fuerza capaz de producir la lluvia ó el buen tiempo.

Hasta ahora se debían al Gobierno los altos impuestos, la mala política, la inseguridad de los derechos: en adelante se le echará también la culpa de todas las perturbaciones que sufra el medio circulante, el instrumento de los cambios.

La moneda se confunde con la riqueza para el vulgo, y cualquier medida fiscal que altere ese denominador de los valores, será considerada por sus víctimas como la contribución más onerosa, casi como una confiscación de bienes.

Por eso, cuando he reflexionado en estos días sobre el asunto, una asociación de ideas, que encuentro lógica, me ha recordado la sesión de este mismo Senado, en que el doctor Del Valle narraba con acento conmovido una escena íntima entre el presidente Sarmiento y un distinguido oficial de nuestro ejército. Era el día en que tenían lugar las elecciones de diputados nacionales de 1874. La excitación de ambos partidos y el interés vivísimo que unos y otros ponían en el resultado de aquella elección, amenazaban convertirla en un desastre.

El presidente Sarmiento había tomado todas las disposiciones necesarias para que el orden no sufriese alteración: había apostado fuerzas en los sitios peligrosos y puesto su autoridad al servicio del gobierno local; daba sus últimas instrucciones al oficial de que me ocupó, y antes de despedirlo, con aquel tono sentencioso que solía usar, le dijo: «y ahora, señor capitán, no lo olvide usted: hay que confesarse y comulgar antes de hacer fuego sobre el pueblo».

Señor Presidente: cuando yo he meditado en estos días sobre el proyecto de conversión, cuando he pensado que su aplicación va á producir forzosamente la ruina de muchos hogares y la prosperidad ilícita de otros, cuando he querido seguir con la imaginación, el resto, diré así, de estas medidas, cuyas consecuencias se escapan á toda previsión, no he podido menos que evocar el recuerdo de nuestro insigne estadista, parodiándolo, para decirme: ¡hay que confesarse y comulgar antes de resolver con su voto cual es el valor adquisitivo de la moneda que representa el capital y el patrimonio de todos los habitantes del país!

—¡Muy bien!

Este es un país de inconvertibilidad; desde Rivadavia, sólo por dos veces, en momentos fugaces, hemos estado bajo el sistema de los pagos en metálico.

El fracaso de las tentativas que se han

hecho para volver á la normalidad, no permite desgraciadamente presagiar que un nuevo ensayo pueda ser coronado por el éxito. Y menos habrá de serlo cuando esta conversión es una promesa remota, que se formula sin los medios de darle cumplimiento, contrariando los principios económicos y aumentando la justa desconfianza que ya inspira una legislación de improvisaciones y sorpresas.

En 1863, cuando se inició la primera conversión, los billetes del Banco de la Provincia, reducidos á pesos fuertes, apenas excedían de trece millones; á lo que se agregaba la ausencia de los enormes capitales extranjeros, actualmente colocados en el país, y que necesitan oro para remitir sus dividendos. En 1867, cuando se abrió la oficina de cambios, ó muy poco después, el Banco de Buenos Aires habría podido retirar su emisión íntegramente á favor de la abundancia de oro que por circunstancias extraordinarias, afluía al país. Algunos años más tarde, sin embargo, teníamos que volver á la inconvertibilidad porque el metálico emigraba rápidamente para cubrir los saldos internacionales del comercio. Pero todavía es más elocuente el fracaso de 1883, en que dos grandes establecimientos de crédito, que disponían de un encaje considerable, fueron impotentes para sostener los cambios exteriores por medio de giros que alcanzaron á ochenta y cinco millones oro, esto es, una cantidad superior á la de sus emisiones circulantes.

De tales antecedentes surge acaso, señor Presidente, la perturbación general que puede observarse entre nosotros para cuanto se refiere á la moneda y su valor y las funciones propias del Estado en la materia.

Hay así una escuela argentina que viene pregonando hace más de cincuenta años las maravillas del papel.

El señor senador por Salta, en el primero de sus discursos, nos ha repetido con su elocuencia habitual, un nuevo cántico al papel moneda.

Según él y los que lo acompañan en su creencia, el país se ha engrandecido por las emisiones; el billete inconvertible, ha fundado las colonias, ha conquistado el desierto, ha acrecentado la población, ha centuplicado la riqueza; pero, señor Presidente, sin discutir la tesis, y aún admitiendo que realmente el papel moneda haya sido como el evocador de todas estas maravillas, ¿cómo se explica que sean los apologistas del papel los que sostienen la titulada conversión, si preci-

samente la operación de que se trata es un golpe de muerte asestado al papel moneda?

«El valor del papel moneda, según Leroy-Beaulieu, es decir, de los billetes no reemcalsables en especie, depende en gran parte de la opinión que tenga el público sobre las futuras emisiones. La aprensión popular de que las emisiones se multipliquen, ó al contrario, la esperanza, la confianza de que el Gobierno retirará gradualmente los billetes de la circulación, son elementos morales que obran de una manera profunda y rápida sobre el valor del papel moneda, aún cuando la circulación efectiva sea la misma. Un nuevo ejemplo decisivo en apoyo de esta verdad, se encuentra en la variación del valor del papel moneda en la República Argentina que, con intervalo de pocos años, ha valido ya veinte por ciento solamente, ya treinta y tres á treinta y cuatro por ciento de su valor nominal».

«En el hecho, la masa de papel moneda había cambiado poco, y la diferente animación de los negocios no bastaría á explicar la enorme variación entre uno y otro tipo; la causa está principalmente en la opinión pública y sus *conjeturas con relación al porvenir*».

Yo pregunto ahora: ¿cuáles serán las conjeturas de la opinión pública respecto de las futuras emisiones, después que se haya dado el ejemplo único de que la Nación conspira contra la valorización de sus billetes?

¿A qué tipo se habrán de cotizar esas futuras emisiones? Nadie puede preverlo, pero necesariamente tendrá que ser á tipos de desastre.

De manera, que los propagadores de esta tesis del papel moneda debían ser los más interesados en mantener el crédito público, en asegurar la confianza que las emisiones deberían llevar aparejada.

El error nace, señor Presidente, de que se considera que el Estado puede legislar aún sobre moneda, á cuyo efecto se recuerda que esta es una de las más grandes manifestaciones de la soberanía nacional. Habría que atenuar este concepto, limitándolo, en cuanto se trata de emisiones, á la facultad de imponer el recibo del billete inconvertible por su valor nominal, lo que no equivale á fijarle económicamente su valor; pero en la República Argentina ya su Gobierno ha dicho, respecto de la moneda, todo lo que dentro de sus atribuciones era lícito.

El artículo 1º de la ley de 5 de no-

viembre de 1881 estableció que la unidad monetaria del país sería el peso de oro ó plata; pero estos dos pesos metálicos que en el curso de esta discusión se han declarado subsistentes, ya no existen. Dos años más tarde, la ley de 19 de octubre de 1883 suprimió esas dos clases de pesos nacionales y dispuso que «los bancos de emisión, ya fueran del Estado, mixtos ó particulares, *sólo podrían emitir billetes pagaderos en pesos nacionales oro*».

La ley de inconversión de 1885 se redujo á declarar de curso legal los billetes del Banco Nacional y de los bancos particulares; pero no creó ni pudo crear una moneda nueva al prescribir que «las obligaciones anteriores pudieran cancelarse en billetes inconvertibles por su valor escrito». La mejor prueba de que esa ley no estableció, como se ha dicho, una nueva unidad monetaria, es su disposición de que «las obligaciones contraídas á moneda especial, pudieran cancelarse por su *valor corriente en plaza el día del vencimiento*». ¿Qué clase de valor monetario, fijado por la soberanía, podría ser este que dependiese diariamente de las oscilaciones de la plaza?

Y las leyes posteriores, los mensajes de gobierno, las declaraciones ministeriales, todos los actos oficiales han persistido siempre en el propósito de restablecer la normalidad, de acreditar el papel moneda, de equipararlo al peso oro.

Así la ley número 2741, dictada en la administración del doctor Pellegrini, dice que «el directorio de la Caja de Conversión podrá entregar billetes en cambio de oro, ó viceversa, cuando el valor en plaza de la moneda fiduciaria sea á la par ó próximo á la par». Este compromiso de la Nación, de convertir á metálico el peso moneda nacional, ha sido confesado, señor Presidente, de todas las maneras, porque nunca se ha concebido, antes de los últimos proyectos, una conversión á tipo depreciado. Entre las varias prórrogas acordadas á los bancos garantidos para volver á la conversión, la que está en vigencia es la fijada por la ley de 10 de octubre de 1890, que señala un plazo de diez años para convertir los billetes al portador y á la vista por monedas metálicas.

Todas esas disposiciones legales han mantenido hasta aquí la promesa de entregar pesos oro por pesos billetes á la par, y no se puede sostener que cuando la ley número 3062 autorizó la renovación de la moneda fiduciaria, haya modificado la legislación anterior porque or-

denó el siguiente rubro: «La Nación pagará al portador y á la vista... pesos moneda nacional». La omisión de la palabra *oro*...

**Sr. Pellegrini**—¡Es poca la omisión!

**Sr. Anadón**—No había necesidad, señor senador.

**Sr. Pellegrini**—Perdone.

**Sr. Anadón**—No hay de qué. Y me felicito de la interrupción del señor senador, hasta cierto punto. El argumento del cambio de leyenda, no prueba absolutamente nada, ni el cambio es original siquiera, sino la repetición de un hecho muy antiguo entre nosotros. Don Juan Manuel de Rosas apeló al mismo recurso; en vez de: «El banco pagará una onza de oro por diez y siete de estos billetes», como era la leyenda primitiva, se dijo: «El Banco y Casa de moneda reconocen este billete por tantos pesos moneda corriente». Esto de moneda corriente no respondía á nada, no tenía significación alguna; era una invención más ó menos habilidosa del tirano.

A pesar de ello, aunque se trataba de una situación excepcional, aunque no es la primera vez que en un país devuelto á la libertad se desconozcan las obligaciones contraídas bajo el imperio de una atroz tiranía; á pesar de eso, cuando se discutía la ley de conversión de 1863, van á ver los señores senadores como se consideraban las emisiones de Rosas por los diputados de esa época.

El doctor Avellaneda dijo: «Nuestro papel moneda es una verdadera deuda, y para no agrandarla, renunciamos al recurso de las emisiones, y para pagarla, invertimos hasta donde sea necesario la fortuna pública de la Provincia».

Según el señor Romero, «El sentimiento público, como las Cámaras, como el Gobierno, han reconocido que es una deuda pública la del papel moneda, y, por consiguiente, es moral, justo y legítimo proceder á satisfacerla».

La opinión del doctor Varela, que en la administración siguiente fué el Ministro de Hacienda que abrió la Oficina de Cambios de 1867, fué ésta: «La idea fundamental que envuelve este proyecto, es reconocer la deuda pública y convertirla en billetes pagaderos á la vista».

El señor Raíces agregaba: «Que el papel moneda debe ser reconocido por la «Provincia de Buenos Aires, no es dudoso, como tampoco lo puede ser que «ese pensamiento ha de merecer la aprobación del pueblo y de las cámaras».

Ya sé que el señor senador nos va á decir que aquella conversión la hicieron

fijando el tipo de veinticinco por uno; pero es necesario que no olvide que la hicieron para acreditar el papel moneda de esa fecha; que la onza valía cuatrocientos sesenta y tres pesos moneda corriente y que la ley le fijó el tipo de cuatrocientos, procedimiento muy distinto del que hoy se nos propone.

Por otra parte, si había cierta equidad en aquel tipo, lo demuestra elocuentemente el que no habiéndose puesto en ejecución la ley de 1863, cuatro años más tarde, en 1867, prevaleció el mismísimo tipo del veinticinco por uno.

Quiere decir, entonces, que aquella medida consultaba la equidad, y por eso también es que el sentimiento público unánimemente la requería según los testimonios que antes he mencionado.

El señor senador por Buenos Aires, con el arte oratorio que le es propio, nos hacía á grandes rasgos la historia de otros ejemplos de repudiación en muchos pueblos.

Desgraciadamente, señor, esos ejemplos, á pesar de toda la habilidad con que han sido presentados, no son aplicables á nuestro caso. Son ejemplos antiguos, son ejemplos del siglo pasado, cuando el crédito público y todas estas nociones relacionadas con el papel moneda no existían,—la misma economía política se puede decir que era un émbrión.

Pero además, se trataba de pueblos que lidiaban por la independencia, como los Estados Unidos y Austria; ó que sostenían una lucha titánica contra toda la Europa, como Francia, ó de conversiones perfectamente regulares, como las de Rusia é Inglaterra, que me parece que tampoco pueden ser aplicadas en este caso.

Se ha citado, señor, la autoridad del patriarca de la federación americana, del general Washington, que si no es una autoridad científica, inviste una autoridad moral que no puede ser recusada en ningún parlamento de un pueblo libre. Por eso recojo el antecedente y voy á explicarlo.

El general Washington, que no era todavía el presidente de la república, no hizo sino repetir con su buen sentido lo que oía á sus allegados, á los conversionistas, á los interesados en la repudiación del papel moneda.

Pero esta no era la opinión predominante.

En aquel tiempo, bajo el imperio de dificultades sin número, en plena derrota, cuando la causa de la independencia estaba expuesta á naufragar, cuando los ejércitos de la revolución no tenían cómo

vestirse, cuando el crédito público no existía—no había siquiera la Nación— aún entonces va á ver el Senado cómo los contemporáneos de Washington juzgaban la medida. Webster, el autor del gran diccionario, en sus ensayos de política, escritos en aquella misma época, dice:

«El dinero es no sólo el instrumento, el medio por el cual se ejerce el comercio, sino que viene á ser una especie de medida común del valor de todos los artículos de comercio; y por consiguiente, yo pienso que sería tan peligroso adoptar medidas que alteraran su valor y lo hicieran fluctuar, como si se alteraran las pesas y medidas legales, por las cuales se puede comprobar generalmente la cantidad de los artículos que se venden en el mercado; como, por ejemplo, acortar la yarda, reducir la fanega legal y disminuir el peso legal de la libra».

Por su parte Moore, autor de un Diario de la Revolución, escribe:

«Corresponde á los gobernantes aprender, por la catástrofe del papel moneda continental, que el dinero es una propiedad y que la menor tentativa de disminuir su valor en nuestros bolsillos, es imponernos contribuciones sin nuestro consentimiento.

«Es el acto mayor de tiranía.

«Hemos ensayado todo artificio y medio de mantener el crédito del papel moneda, excepto uno:—todavía no hemos procurado ser honrados».

Esto lo decía á raíz de la repudiación del papel moneda por el congreso. Y ahora va á verse el testimonio del mismo presidente Reed, después de la carta que le dirigiera el general Washington, leída por el señor senador por Buenos Aires—un año después de esa carta escribía á Mr. Searle lo siguiente:

«Que el ejército ha sido groseramente estafado; que los acreedores han sido infamemente defraudados; que las viudas y huérfanos han sido opresivamente despojados y arruinados; que las canas de la edad, como los inocentes, por falta de lo que era legítimamente suyo, han ido al sépulcro, á consecuencia de nuestro bochornoso y depreciado papel moneda; todo esto puede afirmarse ahora sin temor de ser refutado, y quisiera que pudiese decirse con verdad si no ha causado también la prolongación de la guerra».

Ahí tiene el señor senador por Buenos Aires cómo era apreciada en aquellos mismos días, bajo el imperio de circunstancias extremas, la medida que él nos

viene á proponer con el testimonio del patriarca Washington.

**Sr. Pellegrini**—Permitame que le observe que esa carta no se refiere á la conversión, sino á los males causados por el papel moneda. Conozco la carta, y si el señor senador la lee, se impondrá de que lo que condena es la existencia del papel moneda, cuya depreciación produjo la ruina de todos los intereses; hizo que los soldados que fueron pagados en ese papel depreciado, no recibieran sino una parte de sus haberes; que las viudas, que los huérfanos, cuyas pensiones se abonaron en ese papel, no percibieran tampoco sus haberes. Y tenían razón, porque sufrieron los efectos de la depreciación del papel, que llegó hasta 300 por uno como los asignados franceses. No se refiere á la conversión.

**Sr. Anadón**—Yo entiendo que sí.

**Sr. Pellegrini**—Si lee nuevamente la carta, verá que se refiere al papel moneda y no á la conversión.

**Sr. Anadón**—Me basta que sea posterior en un año á la carta de Washington.

**Sr. Pellegrini**—Es que el papel se convirtió por papel. Por consiguiente, quedó el papel moneda y se volvió á depreciar en 500 por ciento, y cuando escribió Reed estaba ya depreciado á 500.

**Sr. Anadón**—Es una cuestión de hecho que será fácil verificar.

**Sr. Pellegrini**—Lea nuevamente la carta y verá que se refiere claramente al papel moneda.

**Sr. Anadón**—La conversión alarma; algunos creen, principalmente los partidarios de los proyectos, que la conversión perjudica al Estado, y así sería si realmente éste se viera obligado á convertir en especie los 300.000.000 de pesos de su emisión. Pero la conversión la hace el mismo país; es el efecto de un organismo económico sano, es una deuda que no paga interés y que no se amortiza.

«¿Qué ocurrirá, preguntaba el señor senador, el día en que los 300.000.000 de papel sean convertidos á la par? La mitad de esa emisión abandonaría en seguida el país, produciendo una crisis espantosa».

En esto se refería también á la opinión, debidamente autorizada para mí, del doctor Vicente F. López. Sin embargo, respetando la mayor preparación de los ilustrados financistas á quienes me refiero, yo creo que hay en esto un error.

Cuando hay exceso de numerario en un país, el equilibrio se restablece por la exportación de los capitales. Lo mismo ocurre cuando el exceso es de papel con-

vertible; este se transforma en metálico y se exporta.

Pero cuando hay exceso de papel inconvertible, como que se trata de una moneda no exportable, el equilibrio se tiene que restablecer en alguna forma y se restablece por la depreciación del papel.

**Sr. Pellegrini**—Entonces no se llega nunca á la conversión á la par, que es á donde van los que tal quieren á convertir dentro de cien ó doscientos años.

**Sr. Anadón**—Es lo que voy á decir: es casi imposible que los 300.000.000 que circulan se conviertan á la par, que baje el oro á menos de doscientos, por la misma razón que invocaba el señor senador en la sesión anterior.

**Sr. Pellegrini**—Pero entonces no hay tal conversión á la par.

**Sr. Anadón**—Luego no hay tal conversión á la par; luego es un fantasma del que se están defendiendo...

—Risas y aplausos.

**Sr. Pellegrini**—Yo le ruego al señor senador que me perdone, pero algunas veces se dirige á mí y me incita á la interrupción.

**Sr. Anadón**—Perdonadísimo, señor senador; me hacen un honor sus interrupciones.

**Sr. Presidente**—Invito al Senado á pasar á cuarto intermedio.

—Así se hace.

—Vueltos á sus asientos los señores senadores, dice el

**Sr. Presidente**—Continúa con la palabra el señor senador por Santa Fe.

**Sr. Anadón**—Decía que mientras subsistan los 300.000.000 de pesos que hay en circulación, es imposible que el oro baje á menos de 200, por la misma razón de la circulación media que necesita el país, según los cálculos del señor senador por Buenos Aires.

Aún con este tipo de 200, la circulación media sería próximamente de 40 pesos por persona, lo que excede considerablemente á las necesidades de la población. Pero la baja del oro traería, además, otro resultado: haría entrar en los negocios esa cifra, para nosotros colosal, de 200.000.000 de pesos papel que, según los señores senadores por Buenos Aires y Salta, está inmovilizada en los bancos de la Capital.

Ese capital introducido al mercado contribuiría más á mantener la depreciación;

de manera que no hay ninguno de los peligros que se apuntan como razón ó justificación de estos proyectos; el temor es imaginario; nadie va á convertir, ni es posible que el billete llegue alrededor de la par.

La verdadera causa, la que se da por determinante, es la crisis de la agricultura. Y el hecho así considerado, *prima facie*, es evidente.

La valorización ha producido el fenómeno de que los frutos del país se perciban con papel apreciado, mientras que los gastos de la producción se hacen al mismo tipo que la moneda depreciada, es decir, con cien ó más puntos de diferencia.

Este contraste, este desequilibrio es lo que produce precisamente la crisis; tienen que nivelarse los precios, tiene que restablecerse la normalidad, pero ¿cómo se la va á restablecer? ¿Por medio de la conversión?

No, señor; hay otro medio que el mismo señor senador por Buenos Aires prohibaba hace tres ó cuatro años y que no necesitaría más que su adhesión para que fuese adoptado en el presente; me refiero á la reducción de la unidad monetaria.

Si cambiáramos nuestro peso, si adoptáramos el de la unión latina, si hiciéramos que 20 centavos de nuestra moneda valieran un peso, ¿qué efectos produciría esto? Los mismos efectos que produce en todas partes la baja del tipo de la unidad.

La experiencia universal á este respecto es concluyente.

La Francia, por muchas razones que son notorias, y especialmente por la afluencia extraordinaria de viajeros que van á aquel país á gastar sus ahorros y muchos á consumir su fortuna; la Francia, digo, es un país en que el costo medio de la vida es superior al de las otras naciones de Europa; sin embargo de esto, se ofrece el fenómeno de que todos los artículos que valen en Francia, término medio, un franco, apenas se pasa la frontera alemana valen 20 % más, valen un marco; si se pasa el Canal de la Mancha, valen también alrededor de un 20 % más: un chelín en Inglaterra.

Los Estados Unidos son el ejemplo del mayor encarecimiento de la vida; tal vez producido por la alta unidad monetaria, por el dollar.

Pues entonces, ¿por qué nosotros no habríamos de imitar, no habríamos de tener en cuenta estos ejemplos? ¿Por qué no habríamos de recordar tan sólo lo que costaba la vida en Buenos Aires hace veinte años, con el papel moneda corriente?

Yo bien sé que hay una tendencia universal á la depreciación de la moneda; pero asimismo el encarecimiento de la vida, á pesar de los abusos, á pesar de los desórdenes financieros, no obstante el proteccionismo y otras causas, el costo de la vida media en Buenos Aires se va haciendo imposible.

Una familia acomodada, pero de esas que no figuran en la «vida social» de nuestros diarios, no puede vivir en Buenos Aires con menos de \$1500 m/n mensuales, y \$1500 por mes, al cambio actual, representan cerca de 40.000 francos al año. Yo preguntó á los que han viajado y conocen la vida de París, si esa suma no constituye la renta de una gran casa de aquel país.

Los agricultores, ó más bien dicho, algunos de ellos, porque el testimonio que he citado anteriormente es concluyente; los agricultores tienen razón desde su punto de vista, y su razonamiento no puede ser más simple. Ellos dicen: cuando el oro valía 300 prosperábamos; ahora con el oro á 230 nos arruinamos; luego, la valorización es la causa de nuestra ruína.

Pero este razonamiento es vicioso por todo extremo. En las escuelas de filosofía era conocido por este aforismo: *Post hoc, ergo propter hoc*, es decir:

Este fenómeno se produce después de aquél; luego el segundo es consecuencia del primero.

Error, profundo error, señor Presidente.

Hay otros motivos que explican el fenómeno; hay la baja de precios que se viene observando en todos los países del mundo desde hace veinte años.

La hulla, el hierro, el acero, el algodón, los cereales en general han bajado considerablemente de precio. Los 100 kilos de trigo han valido hasta hace algunos años 30 francos; hoy valen 14.

Todo esto se ha tratado de explicar por la disminución de la plata, la escasez relativa de la producción del oro ó por otros motivos; pero la causa verdadera no es otra que el exceso de producción con respecto á la demanda, y también la baratura y la abundancia de fletes producidos por los grandes progresos de la navegación en los últimos tiempos.

Pero aquí nos encontramos con un fenómeno contrario en materia de fletes internacionales. Aquí el proteccionismo ha privado á nuestros productores de ese beneficio conquistado por los otros pueblos; aquí han subido los fletes y han subido por razones que saltan á los ojos: porque la exportación del país ha crecido

considerablemente en los últimos tiempos, mientras se ha mantenido estacionaria, si no retrocedido, la importación, lo que ha producido la carestía, porque en los viajes de retorno los vapores ultramarinos no tienen que traer.

Los agricultores ignoran en general, señor Presidente, que el mercado internacional es el que hace el precio.

Y tan es cierto esto que con algunos de los productos del país, se pone ahora mismo de relieve. Hace un año las lanas y el lino, con el oro á 270, valían menos aquí, en nuestro mercado, de lo que valen hoy con el oro á 230. ¿Por qué? Porque el lino y las lanas son artículos cuyos precios han mejorado en los mercados exteriores, porque son esos mercados los que determinan el precio, porque son ellos los que influyen aquí mismo.

Pero, ¿qué dirían, señor Presidente, los protectores de la agricultura, los que creen favorecerla por este medio que viene á perturbar todas las relaciones económicas del país, si dentro de un año, —y posiblemente no tardará en producirse el hecho— si dentro de un año, digo, después de la fijación del tipo, resulta que el trigo vale menos todavía?

Y el hecho se puede anunciar con muchas probabilidades, desgraciadamente.

El Ferrocarril Transiberiano que acaba de terminarse, ha incorporado muchos millares de leguas cuadradas á las tierras cultivables del imperio ruso. Desde 1896 hasta la fecha, más de 450.000 colonos de la Rusia Europea se han establecido en las extensas llanuras de la Siberia Occidental, conocidas geográficamente por Altai. Pero esta zona que comprende, como digo, varios millares de leguas cuadradas, no producía trigo; necesitaba, hasta hace uno ó dos años, seis millones de *puds*, una medida que equivale á dieciséis y medio kilos, es decir, alrededor de una arroba y media, de manera, que podemos decir que esa población necesitaba, hasta hace dos años, nueve millones de arrobas, y en la cosecha anterior ha exportado ya treinta millones de arrobas.

No se puede calcular lo que exportarán el año entrante.

¿Es que en algunas zonas de la República el maíz no se puede recoger porque los gastos de la recolección son superiores al producto que deja la venta del artículo? Pero este fenómeno tampoco es nuevo, señor Presidente. En la Provincia de Santa Fe el año 1883 las colonias productoras de trigo que estaban á quince ó más leguas de los puertos, no pudieron

recoger su trigo, y á nadie se le ocurrió alterar el valor de la moneda. El remedio estaba en otra parte, estaba en las comunicaciones. El remedio estuvo en el ferrocarril colonial, que se debió principalmente á la iniciativa y á la previsión de mi distinguido colega el señor senador por Santa Fe.

Tampoco es nuevo este fenómeno en otras partes. Hace treinta años, en las zonas enormes sembradas con este cereal en los alrededores de la ciudad de Chicago, no podía levantarse el maíz; pero á los mismos inflacionistas americanos no se les ocurrió pedir una protección en esta forma: se dedicaron á criar cerdos; convirtieron en tocino el maíz y resolvieron el problema.

El señor senador por Buenos Aires, en su segundo discurso, una de esas irrupciones exterminadoras en el campo enemigo, de donde siempre vuelve ileso, descargó sus iras sobre la especulación, atribuyendo á los jugadores de bolsa, á los nihilistas, la resistencia á estos proyectos.

La especulación y la bolsa vienen á ser desde hace muchos años en nuestro país una especie de cabeza de turco, algo así como el oro inglés en las leyendas de la vieja Francia, la caja de Pandora, la causa única de todos los desastres.

Yo me acuerdo que en los días de la crisis de progreso, las catilinarias contra la bolsa eran el género oratorio que más se cultivaba en todas las zonas de la República. La especulación, los jugadores de bolsa, los explotadores de la fortuna pública, eran los únicos culpables, y hasta cierto punto, cuando la bolsa producía la alarma, cuando mantenía la desconfianza, cuando perturbaba el valor, contribuyendo á su depreciación y derrocando una administración, porque esa fué la causa de la revolución del 90; cuando la bolsa hacía todo esto, casi casi se podía explicar muy bien la resistencia universal de que era objeto.

Pero el fenómeno de las especulaciones no puede ser condenado en absoluto. Voy á referirme á un testimonio de mayor excepción, al del actual Ministro de Hacienda ruso, señor de Witte, cuyo nombre está en todos los labios con motivo de la conversión rusa tan mencionada entre nosotros.

El año 95, las bolsas rusas se entregaron á una especulación desordenada que produjo grandes perturbaciones, y por eso el señor de Witte, en su informe al emperador sobre el presupuesto del año siguiente, en cuyo documento estudia de

ordinario todos los fenómenos económicos y financieros que se relacionan con el país, decía:

«El papel de la especulación es positivo ó útil cuando se produce paralelamente al curso normal de la vida industrial y comercial, contribuyendo á la firmeza del mercado y facilitando también el éxito de las combinaciones comerciales bien comprendidas».

«Esta especulación despierta y sostiene los esfuerzos de la potencia intelectual que anima y dirige el trabajo, el capital, el crédito y el cambio, inventa los mejores métodos de producción, desarrolla las necesidades, investiga y descubre nuevos mercados, extiende el campo del trabajo nacional, indica nuevos objetivos al espíritu de empresa, mejora y transforma el utilaje industrial, proporciona capitales á las empresas que se ensayan; esta especulación, en una palabra, constituye un motor poderoso del progreso económico».

El señor de Witte considera luego la especulación en la esfera puramente comercial, en sus relaciones con el mercado de títulos, acciones y obligaciones, y después de señalar los beneficios que produce, agrega «que es uno de los factores más importantes, y aún se podría decir que es el alma de los negocios comerciales é industriales. La permanencia y la energía de esta especulación hacen ver el agrado de la cultura económica de un país».

No hay, pues, que atribuir á la especulación los males del momento. La bolsa, al contrario, hoy es conservadora: la bolsa trata de valorizar, y la valorización del billete es la confianza en la normalidad, es la salud económica de un país. La especulación está de parte de los que combaten la valorización, de parte de los que quieren levantar artificialmente el tipo para poder fijarlo en 250, como lo pretende el señor Uriburu, y no en 227 como lo propone el proyecto del Poder Ejecutivo.

En cuanto al antagonismo entre la capital y las provincias á que el señor senador se refería, felizmente no puede producir ninguna perturbación pública, máxime cuando entre las provincias de hoy se comprende también la de Buenos Aires, representada por el señor senador. Sin embargo, este recurso podría ser imprudente. No lo es en este caso solamente por tratarse del señor senador que, por un raro privilegio, es tan de la metrópoli como don Torcuato, y tan de las provincias como Urquiza.

Pero es una injusticia. En 1880, los espíritus frívolos de esta ciudad podían recordar á los italiotes de la antigua Roma cuando se trataba de los hijos de las provincias que aquí vivían, pero hoy esta ciudad es la más argentina de las que tiene la República.

—Murmuros de aprobación en la barra.

No es exacto que sean los especuladores de la bolsa, los nihilistas del señor senador, los que se oponen á estos proyectos. Si se hiciera un plebiscito entre los habitantes de esta metrópoli, se vería que la gran mayoría de los provincianos que residen en Buenos Aires, son opositores á los proyectos, porque representan á la opinión nacional que los condena.

Me siento fatigado y omito, por este motivo, otras consideraciones que el asunto comporta, pero que debo pasar en silencio para no abusar de la paciencia de mis colegas.

Mi conclusión ofrecerá un dejo un tanto pesimista.

En los primeros días de la existencia nacional hay un fenómeno que se observa, á poco que se estudien aquellos tiempos, y ese fenómeno era la seguridad que tenían nuestros padres de su misión histórica: un presentimiento de la grandeza nacional.

Aquella última estrofa de nuestro himno no corresponde absolutamente con lo que eran las Provincias Unidas del Sur en 1813. Eran un embrión, éramos la última de las colonias de España. Los últimos serán los primeros, dijo la Escritura, y hasta cierto punto lo estamos realizando; pero no hemos alcanzado absolutamente los ideales que nuestros padres concibieron.

Más tarde, los autores de la Constitución no se limitaron á asegurar los beneficios de la libertad para ellos y su posteridad, como los de la Unión Americana, sino que resolvieron hacerlo para todos los hombres del mundo que quisieran habitar el suelo argentino; y yo digo, señor Presidente, que este gran presentimiento por desgracia no se ha realizado todavía, pues dentro de diez ú once años vamos á celebrar el centenario de la revolución, y yo recuerdo que en el centenario de la revolución americana, en 1876, aquel país tenía de cuarenta y seis á cuarenta y siete millones de habitantes. Nosotros vamos á tener apenas la fracción.

¿Hemos realizado, entonces, los ideales

de nuestros padres y de nuestros abuelos, con seis ó siete millones de habitantes que vamos á tener en 1910? ¿Hemos respondido á sus grandes anhelos? Desgraciadamente no, señor Presidente.

La inmigración desaparece,—la estamos desalojando y la desalojamos.—¿Por qué? Porque estamos haciendo imposible la vida económica en el país, porque el obrero ya no tiene aliciente, ni puede hacer ahorros, porque hemos encarecido artificialmente la existencia.

Con estos sentimientos y lamentando que mi terminación no pueda ser un cántico á la grandeza del futuro, pido á los señores senadores que voten en contra de los proyectos que encarecerán todavía más la vida y dificultarán la reacción económica que ha de atraer la inmigración.

—Aplausos en la barra.

**Sr. Pellegrini**—Pido la palabra.

No puedo dejar sin contestar la elocuente exposición del señor senador por Santa Fe.

Voy á improvisar una réplica, que tiene forzosamente que ser incompleta, porque debo confiar sólo á mi mala memoria los principales tópicos que ha abordado el señor senador.

El primero, si mal no recuerdo, se refería á establecer la necesidad de una investigación de una *enquête*, y á hacer cargo al Poder Ejecutivo por no haberla levantado antes de presentar estos proyectos y á la mayoría de la Comisión, por haberse expedido sin tenerla presente al formular su despacho.

El señor senador sostenía que era materialmente imposible á ningún hombre, por más competente que fuera, poder dar su opinión en esta materia sin haber precedido esta información; y terminaba aconsejando el rechazo de estos proyectos por falta de esos antecedentes.

Debo observar, en primer lugar, que esto ó es simplemente una dilatoria, ó implica una contradicción evidente.

Si la mayoría de la Comisión no ha podido expedir una opinión afirmativa en favor de los proyectos del Poder Ejecutivo, porque le faltaban los elementos para ello, ¿con qué derecho el señor senador ha podido formar una opinión negativa, no teniendo tampoco él esos antecedentes? Yo hubiera comprendido la

observación, si se hubiera dicho: «Estoy impedido de dar mi opinión y voto en esta materia, porque no tengo los antecedentes para fallar».

Pero no comprendo que se diga: «no ha habido los antecedentes para fallar a favor, pero yo los tengo para fallar en contra».

—Muy bien!

La verdad es, señor Presidente, que no hay necesidad de tales informes, y que tanto la mayoría de la Comisión, como el señor senador, están perfectamente habilitados para dar una opinión positiva, estudiada y meditada sobre estos proyectos. ¿De qué se trata? ¿Se trata acaso de investigar si la valorización de la moneda es perjudicial para un país? Pero se necesita no haber leído ni la primera página de la historia de la crisis en el mundo entero, ni los principios más elementales de la economía política, para saber que en este asunto hay opinión y conciencia hecha y adquirida por la experiencia universal.

¿Para qué queremos una investigación? ¿Para saber si el papel moneda es una bendición ó un mal? Pero dudar sería renegar de esa experiencia universal.

Esta es una verdad completamente adquirida y sabida.

Las *enquêtes* que se han hecho en Inglaterra ó en Francia, á que se ha referido el señor senador, tenían por objeto investigaciones mucho más complejas y más difíciles.

La investigación mandada levantar por Inglaterra, sobre las causas de las sucesivas crisis agrícolas era para conocer hechos que se ignoraban y que producían efectos que nadie podía explicar.

Las comisiones nombradas para la India no eran sólo para saber si convenía á la India el fijar ó no el valor de la moneda, sino para saber si le convenía el etalón de oro ó de plata, si le convenía abrir casas de moneda ó cerrarlas, para la acuñación libre del oro y de la plata, si le convenía aceptar la libra inglesa como patrón monetario para la India.

Pero para declarar que el papel moneda es una calamidad y que la conver-

sión es una necesidad y un deber, no se necesita hacer investigaciones, y la prueba de que no se necesita es que el señor senador lo ha afirmado en la exposición que hizo, diciendo que la Nación no debía ahorrar ningún esfuerzo para llegar á la conversión.

Esto es de lo único que se trata en este momento.

Yo no he tratado de explicar todas las causas de la crisis agrícola que sufre la República. Yo no he dicho jamás que sea la Provincia de Santa Fe la única que esté sufriendo y si el señor senador lo ignoraba, no tenía más que preguntar á sus colegas del Senado si las quejas no vienen de todo el resto de la República.

Es una causa evidente y general.

La valorización del papel y la valorización del billete, en ciertos momentos, es consecuencia forzosa de una moneda que no tiene un precio fijo, y la única manera de evitarla es fijarle el precio que le falta.

Por consiguiente, señor Presidente, creo que todo el que quiera estudiar esta cuestión, está perfectamente habilitado para formarse su opinión, y creo que con razón el señor senador por Santa Fe no ha necesitado esa *enquête* para fundar elocuentemente, y con razones que tienen cierta seducción, sus opiniones en contra.

Ahora he de tratar los principales puntos de su exposición.

Señor Presidente: en confirmación de lo que acabo de decir, he escuchado con placer en boca del señor senador por Santa Fe la frase más elogiosa que se haya pronunciado en favor de los proyectos, y ha llegado hasta donde yo no me atrevía á llegar. Efectivamente, contestando al señor senador, miembro informante de la mayoría, que sostenía que el papel moneda había sido la causa de toda nuestra grandeza y prosperidad, en lo que no estoy de acuerdo, más bien estoy conforme, en este punto, con el señor senador por Santa Fe, le decía: si esa es su opinión, «¿cómo es que apoya estos proyectos, cuando son el golpe de muerte para el papel moneda?» Y bien señor Presidente todo lo que yo pido es que sea una palabra profética, la del señor senador por Santa Fe, que este pro-

yecto sea el golpe de muerte para el papel moneda.

—¡Muy bien! Aplausos.

El señor senador man festaba que las causas por las cuales la agricultura sufría en la Provincia de Santa Fe, no eran la valorización del papel, y, para confirmar estas opiniones, leía una carta de un gran agricultor, que decía lo siguiente: «la razón del malestado de la agricultura de Santa Fe es que el costo de producción es mayor que el valor del producto». Tiene perfecta y plena razón el señor agricultor de Santa Fe: esa es la causa de la ruína industrial en todas partes. Cuando el valor del producto es menor que el costo de la producción, el industrial se arruina; pero, ¿cuál es la causa por la cual el costo del producto ha sido menor el año pasado que el costo de producción? Sencillamente, señor Presidente: porque el agricultor de Santa Fe ha estado produciendo con papel depreciado, y cuando ha llegado el momento de recoger el valor de su productos, se ha encontrado con papel enormemente valorizado. ¿Qué importa esta diferencia? Importa algo colosal.

Voy á hacer cuestión de números para demostrarlo, porque todas estas cuestiones es conveniente reducirlas á números para explicar sus consecuencias, á fin de no correr el peligro de hacer declamaciones y teorías inconducentes.

La exportación de los productos del país, alcanzó á 150 millones de pesos oro, é incluyendo los consumos interiores, podemos calcular 200 millones de pesos oro, producidos por la agricultura, ganadería y la industria en general; es decir, por los hombres que trabajan en la República.

Al vender esos 200 millones de pesos oro, si el papel se hubiese mantenido alrededor de 250, hubieran recibido 500 millones de pesos papel, que se hubieran distribuido entre todos los trabajadores; pero, habiéndolo recibido á 210, sólo recibieron 420 millones.

De manera, que hay una pérdida neta, seca, de 80 millones de pesos que dejaron de desparramarse entre los trabajadores. Para esto no hay necesidad de hacer *enquêtes*.

Les á consecuencia de la falta de esos 80 millones, que los industriales no tuvieron con qué pagar á sus acreedores y consignatarios, al pulpero, al comerciante que les ha suministrado dinero, y víveres; y el comerciante del interior no pudo pagar al de la Capital, y éste no ha podido pagar al banquero, y las fábricas no recibieron pedidos, y la paralización y la crisis vino. ¿Acaso se necesita una investigación para establecer estos hechos palpables? Decir que la baja en el valor no se debe al agio de la moneda, sino exclusivamente á la baja del mercado, es hacer un sofisma evidente, sea cual fuere el valor del trigo en el mercado europeo, es evidente que la diferencia en el valor de la moneda afecta siempre á la agricultura. Si vale diez, recibe con arreglo á diez; si vale cinco, con arreglo á cinco; lo que, reducido á papel á 200 ó 250, hace evidentemente que el trigo baja ó sube más ó menos, según el tipo de cambio.

El año pasado, por causa de la baja de precio, recibió menos la agricultura, pero á esa causa de baja se agregó otro: la baja del papel que fué fatal.

Pasando á otro orden de ideas, señor Presidente, es el caso de preguntar ante esta exaltación, ante esta amenaza de ruína y desolación que se anuncia van á causar estos proyectos, ¿quién está perdiendo? ¿Quién es el que legítimamente puede venir á decir al Congreso que va á ser arruinado al fijar 44 centavos cuando en plaza vale más, y que pierde un solo centavo de lo que hoy realmente posee?

**Sr. Anadón**—Podría decirlo el que, teniendo un billete que pudo vender por 50 centavos oro, viene esta ley á imponerle el tipo de 44; el que hubiera vendido su papel al doscientos por ciento antes de la presentación de estos proyectos.

**Sr. Pellegrini**—Es decir, el que entregó su papel al doscientos.

El que entregó á ese precio no lo tuvo ya al día siguiente, y entonces el que irá á perder será el que lo recibió; porque el que lo entregó, en ese mismo momento liquidó su operación.

—Aplausos.

Yo le voy á decir al señor senador quiénes ganan y quiénes pierden. Ganan todos los tenedores de papel y ganan todos los tenedores de títulos á papel de la deuda flotante nacional.

Hoy día el gran negocio para los que tienen ese papel, es encerrarlo en una caja de hierro, cruzarse de brazos y dejar que el trabajo del pueblo los enriquezca...

—Aplausos.

...y los enriquezca á costa de la Nación que verá triplicada su deuda interna á papel ó de papel moneda.

¿Quiénes van á ganar?

Los acreedores á papel á costa de los deudores, pero no comprenden que les va á suceder lo que ya sucedió con los deudores á oro: que las deudas se van á hacer tan grandes, que no se van á poder pagar, y entonces habrán perdido el deudor y el acreedor.

No, señor Presidente: nadie tiene derecho á decir que, al fijar el valor de cuarenta y cuatro centavos, haya sido privado de la más pequeña parte de su capital; pues de lo único que habrá sido privado, será de las ilusiones y esperanzas que haya podido tener de enriquecerse á costa del trabajo ajeno, pero esas ilusiones y esas esperanzas no pueden fundar proyectos que vengán á buscar la sanción del honorable Congreso.

Indudablemente, señor Presidente, tanto en la vida privada como en la vida nacional, la experiencia ajena poco nos aprovecha. Si pudiéramos aprovechar la experiencia de nuestros antepasados, todos nacíáramos viejos, y sería una gran desgracia, porque habríamos perdido lo único que hace halagüeña la vida.

Es debido sin duda á esto, que en esta discusión, que se ha sostenido antes en nuestro país, en todos los países del mundo casi, se está usando hoy, tanto por los que sostienen la bondad de los proyectos, como por los que los atacan, las mismas razones, los mismos argumentos, las mismas previsiones é imprevisiones para el porvenir.

Todo esto se ha dicho y se ha repetido; las leyes se han votado, y conocemos sus efectos que nada nos han enseñado.

Cuando se discutía la oficina de cam-

bio, señor Presidente, ¿qué no se dijo contra estos proyectos?

Que importaba una violación de la fe pública, que importaba repudiación de deudas, que iban á traer trastornos y desconfianzas que iban á acabar con el crédito de la República.

¿Y qué sucedió al día siguiente?

Sucedió que lo único que había desaparecido era la carcoma del papel moneda—del papel moneda corriente del tirano—y el pueblo de la metrópoli, encabezado precisamente por los mismos que habían hecho oposición, fueron los que se levantaron para agradecer al Gobierno el que no les hubiera hecho caso y hubiera hecho cumplir la ley. Y lo mismo va á suceder ahora, y ya está sucediendo.

¿Qué pasaba en esta ciudad hace seis ú ocho meses?

Que la industria, el comercio y hasta la administración pública, eran imposibles á causa de la especulación y el agio.

Un día se decía: se hace un empréstito, veinte puntos de baja. Al día siguiente se decía: no se hace el empréstito, veinte puntos de alza. El Presidente de la República ha dicho tal cosa en su mensaje, treinta puntos para arriba. Al día siguiente: no es cierto que el Presidente dijera tal cosa, veinte puntos para abajo. De doscientos cincuenta á doscientos diez; de doscientos diez á doscientos treinta; de doscientos treinta á doscientos quince; de doscientos quince á doscientos treinta. Esas son las variaciones que han habido en seis meses. Era la edad de oro de la especulación y del juego. ¿Y qué sucede hoy? Hoy en que están desatadas las iras de los jugadores y que desearían producir todos los trastornos imaginables para contener estos proyectos, lo que sucede es que está clavada la valorización del oro.

El agio, ese animalito dañino, está enjaulado por este proyecto antes de ser ley, y ahí quedará, señor Presidente, vigilado por el trabajo nacional, mientras no venga alguna fatalidad ó alguna desgracia á romper los barrotes de su jaula y volverlo á la libertad.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

**Sr. Anadón**—Pido la palabra.

En rigor, yo no puedo contestar al señor senador por Buenos Aires, ni desvanecer, sobre todo, la impresión que su palabra irresistible hace en el auditorio y en su mismo contradictor de este momento; pero tampoco puedo dejar de referirme á algunos de los puntos que ha tocado, siquiera sea de una manera incidental.

Me ha reprochado que condene los proyectos, cuando yo tampoco tengo los informes que he considerado necesarios, y ha encontrado que en esto hay contradicción.

Ha dicho, además, que las *enquêtes* en Inglaterra, en Francia y otras partes han sido para averiguar hechos que se ignoraban; y precisamente es lo que en este caso ocurre; para investigar muchos hechos que se ignoran, para saber si muchas afirmaciones que se hacen gratuitamente ahora, tienen ó no fundamento, es que una *enquête* en la República Argentina, es absolutamente indispensable. Lo es también para saber en cuanto afecta á la agricultura y á todos los demás ramos de la producción nacional, la valorización; cuáles son los remedios que pueden aplicar hoy los agricultores, los ganaderos, los comerciantes, los gremios todos, y resolver entonces, después de verificar los hechos, cuáles son las reformas conducentes; pero no establecerlas *à priori*, por afirmaciones más ó menos caprichosas y más ó menos aventuradas como ahora.

Ya sé también que no se necesita una *enquête* para saber que el papel moneda es una calamidad, pero no se trata de eso, sino de cómo abandonamos el régimen del papel moneda, de como se le da estabilidad, sin apelar al recurso de encerrarlo en esa jaula, de donde va á escaparse, y producir la mayor perturbación en todas las relaciones económicas.

Yo he dicho que los proyectos son un golpe de muerte para el papel moneda, porque en lo sucesivo las emisiones no van á inspirar la confianza que hasta aquí, de que la Nación haría honor á su firma, de que sus obligaciones serían mantenidas, y de que el peso papel, que representa tantos centavos de alguna moneda, cuando el restablecimiento de

la salud del país lo aproximara á la par, no había de ser contenido en esta valorización por medidas legislativas, artificiales y violentas.

Por eso he dicho que estos proyectos han de ser un golpe de muerte para el papel moneda, y á pesar de esta famosa conversión, hemos de ver, en las futuras emisiones, á donde ha de llegar la desconfianza, y si el papel moneda, que antes subió á 400 ó 450 %, no llegará hasta un tipo que haga imposibles la industria, el comercio y la vida misma en nuestro país.

Todas estas cuestiones se necesitan reducirlas á números, dice el señor senador, y tiene razón que le sobra; pero para hacer números, hay necesidad de investigar, hay que estudiar; estos son asuntos muy complejos y no se pueden resolver con datos y conclusiones que improvisa, para salir del paso, un orador elocuentísimo como el señor senador por Buenos Aires.

Que recibieron 80.000.000 de menos los agricultores, los productores del país, se añade, como si la moneda apreciada que vale más, no representara la misma suma que antes hubieran percibido.

¿Cuál es entonces la diferencia? ¿Cuál la pérdida?

Ahora hay un desequilibrio en los precios, se dice todavía. Ya lo sabemos, y para llegar á la nivelación, para producir el equilibrio, debía dársenos tiempo de buscar si, reduciendo la unidad monetaria, ó por otro procedimiento no podría evitarse la sanción de estos proyectos que importan, aunque al señor senador le desagrade, un reniego de la fe pública.

En cuanto á la soberanía nacional, yo sé que la soberanía nacional puede muchas cosas, aunque al fin y al cabo no puede tanto como los reyes falsificadores de la Edad Media. Pero si á tanto se atreve, y quiere competir con ellos, y los vence, que cargue con las consecuencias de su triunfo, y no se irrite cuando al desconocimiento de sus obligaciones se le llame atentado, repudiación, despojo!

—Grandes aplausos en la barra.

Viene la baja de los precios.

En el mercado internacional no se ha

producido, decía el señor senador, este fenómeno.

**Sr. Pellegrini**—No es únicamente en el mercado.

**Sr. Anadón** Perfectamente. Pero hay otro factor nacional, de orden interno, que no se ha tenido en cuenta y que depende de nuestra legislación. Ese factor son los impuestos adicionales.

Los impuestos adicionales han impedido que la valorización del papel surta sus efectos, en cuanto se refiere al valor de los artículos de consumo que se introducen del exterior. El comercio no ha podido bajar sus precios en relación con el mayor valor de la moneda, porque el impuesto adicional ha venido á equiparar, sino á superar, la estimación del papel.

Entonces los precios del comercio, manteniéndose en la misma escala de cuando el oro estaba á 280 ó 300, han influido en los arrendamientos, en los consumos, en todas las relaciones y servicios.

Suprimamos el impuesto adicional, licenciémoslo, ya que hemos licenciado los batallones que servían de fundamento al gravámen, y se verá cómo bajan los precios y el equilibrio de las cosas se produce de suyo.

He dicho.

—Grandes aplausos en la barra.

**Sr. Uriburu**—Pido la palabra.

No deseaba tomarla, señor Presidente, pero el señor miembro informante de la mayoría de la Comisión ha dejado sin contestar varios puntos del discurso del señor senador por Santa Fe, y no sería bueno, para los antecedentes parlamentarios, dejar en pie todas las afirmaciones que, á mi juicio, no son exactas.

Voy á hacer rápidamente la enumeración de las principales partes de ellas y á contestarlas rápidamente también.

Principiaré por el fin, por la última afirmación hecha por el señor senador.

Nos decía que el remedio para cambiar la situación, una situación difícil, de crisis, es que quitemos los impuestos adicionales; pero el señor senador no se ha fijado seguramente en que el remedio que él quiere aplicar, es ineficaz para la magnitud del mal que se pre-

tende curar. El derecho adicional, aunque sea un factor, no es el mal fundamental: éste consiste en que esos impuestos se han duplicado por la valorización de la moneda.

¿Cómo nos hemos de fijar en el diez por ciento que se impuso á la importación como un derecho de guerra, cuando los hechos, cuando la valorización de la moneda ha aumentado en un ciento por ciento los impuestos?

Esta es la causa del mal que es necesario curar.

Yo no quiero extenderme sobre este punto y voy á los otros.

El señor senador nos trae una autenticidad que soy el primero en recordar, un viejo amigo mío, á quien siempre le he tenido el mayor cariño y consideración. El señor Vedia, hombre de pensamiento, de ilustración y talento, nos decía:

«Todos los hombres públicos de la tierra siempre han trabajado por la valorización del papel».

¿Cómo es que estos hombres modernos combaten esa valorización? Y yo digo, señor Presidente, ¿por qué no buscan en la historia la verdad de esa afirmación? Si todos los hombres públicos de nuestro país han combatido siempre la desvalorización del papel, ha sido porque el fenómeno que se presentaba continuamente era esa desvalorización. La historia de nuestro país lo dice. El mal tradicional del papel moneda ha sido la depreciación, y el pensamiento de todos los hombres públicos ha sido combatirla. Era lógico. ¿acaso se ha presentado muchas veces en la República el fenómeno que se presenta ahora? No. Ahora se nos presenta el fenómeno inverso: no es la desvalorización, es la valorización, y este es el fenómeno que el señor senador por Santa Fe no ha estudiado. Permítame que se lo diga; porque, aunque su talento me inspira tanto respeto, veo que no ha penetrado este gran problema, que es la base de los debates actuales.

Señor Presidente: ahora no tratamos de lo que trataban los hombres públicos de antes; ahora tratamos de un fenómeno nuevo: ¡tenemos una valorización que ha variado de cuatrocientos á doscientos diez! Y esa valorización, repito,

es formidable, porque en materia monetaria, una valorización semejante es una cosa que sólo puede resistir un pueblo tan lleno de vida como el nuestro. Esa valorización es la razón de todos los males que nos afligen y no ha sido estudiado todavía por hombres públicos.

Han habido algunos que han tenido el coraje de presentarla, y todos los miran con horror, porque les dicen que el origen de este mal es ése. Así, pues, señor; no hay razón alguna para invocar la autoridad del señor de Vedia en este asunto. Este señor, bajo su punto de vista, tenía razón; bajo el punto de vista de la cuestión que debatimos no la tiene, señor Presidente; y perdóneme mi distinguido colega y amigo, por el cual tengo tanta deferencia;—perdóneme que le diga que cuando le escucho expresándose con tanta elocuencia, me imagino que estoy viendo un astrónomo sabio, con su telescopio enfocado á las estrellas, midiendo su posición, investigando las leyes que rigen sus movimientos, con una precisión matemática y una exactitud científica. Lo admiro como astrónomo; pero le digo, ¿por qué dirige el anteojo al cielo, si el enfermo está en la tierra? Ponga la inteligencia donde está el mal. Así, señor Presidente, vamos á examinar nuestra dolencia, no al fulgor de las estrellas, como dicen los poetas.

Hace un año, señor Presidente —y perdóneme el Senado este ingrato recuerdo,—hace un año que yo percibía ya el contraste que nos amenazaba, buscando el medio que pudiera remediar los males que preveía para mi país. Se había presentado un proyecto del señor Tornquist y del Poder Ejecutivo.

Este buscaba un empréstito para solventar todas las dificultades; yo en ese empréstito veía una mayor calamidad para el país, porque aumentaría la apreciación de la moneda, que era la causa del mal.

El señor Tornquist presentaba una idea práctica, que precisamente no era del señor Tornquist; era una idea que había sido ensayada el año 67; era una idea que mi secretario, más de una vez, me enunció como el único remedio; porque mi secretario, aunque modesto, es un hombre lleno de talento y lleno de co-

nocimientos; pero yo encontraba, señor Presidente, que en la idea del Gobierno había un peligro, que en el pensamiento del señor Tornquist no había el remedio que necesitaba la situación. Salvaba la condición de las industrias, salvaba muchos millones que se han perdido indudablemente, pero no salvaba la del tesoro.

La situación del tesoro era afligente; tenía 70 ú 80 millones de pesos de déficit y entonces, viendo que el proyecto del Gobierno era malo y que el del señor Tornquist era deficiente, les dije: «yo no encuentro más remedio que emitir 10 millones de pesos, pagar todo lo que el Gobierno debe y mantener, por medio de la emisión, un precio mas alto en el oro para salvar las dificultades que tiene nuestra producción.»

Todavía me acuerdo de aquella sesión porque ha sido uno de los momentos más ingratos de mi vida. Al emitir este pensamiento, que según dijo mi honorable colega, cayó como una bomba en el Senado y en el país, me contestaba con un tono tan convencido, tan enérgico: «Señor Presidente: es preciso tener la ceguera más completa para haber imaginado este remedio, que, más que remedio, es el peor de los males que pudiera hacerse á nuestro país». Tras de esto, una filípica formidable cae sobre mí, aumentada con la cariñosa observación de mi colega por San Juan, doctor Doncel, que decía con un tono caritativo, que hasta ahora le agradezco:

—Risas.

«El señor senador no ha meditado lo que dice». Es decir, es un loco que nos ha traído aquí una locura, y que al fin y al cabo no merece la pena que nosotros nos aflijamos por ella. Ahora bien, un año ha pasado, y ese remedio, reputado tan malo por mi honorable colega por Santa Fe, estoy convencido más que nunca que era el único remedio que habría salvado la situación del Estado, economizando al país ochenta millones que hoy están perdidos: detenía la valorización de la moneda y era en vano que el señor senador me dijera, con tono muy convencido, que las emisiones son un peligro.

Yo estoy convencido de ello, así como

lo estoy de que la quinina es amarga.

El señor senador me quería probar simplemente que la quinina era amarga, pero no me probaba que la quinina no curaba la fiebre, que era lo principal.

Así, pues, las emisiones son un peligro, son un mal, una desgracia muchas veces para un pueblo; pero llega un momento en que son necesarias, y el señor miembro informante de la mayoría de la Comisión lo sabe por experiencia propia: es el único instrumento ó recurso que salva, en un momento dado, la situación de un país.

Esto por vía de exordio, y sigo ocupándome del discurso del señor senador por Santa Fe.

El señor senador nos señalaba la República Oriental como un modelo que debiéramos seguir, porque ese país produce cereales y los vende bien; tiene su moneda sana: está á oro. ¿Por qué—preguntaba—nosotros no podemos estar lo mismo? ¿Por qué nos oponemos á la valorización cuando llegamos á la situación feliz que tiene la Banda Oriental?

La Banda Oriental puede producir cereales porque la nivelación de los precios existe allí; entre nosotros un peón gana cincuenta pesos y allí gana sólo veinte, porque todos los gastos de producción y consumo están nivelados con el oro.

Cuando en nuestro país los precios se hayan nivelado con el valor de la moneda, la producción nuestra será tan buena y podrá competir con la de la Banda Oriental.

Pasemos á otro punto: la competencia universal.

¿Qué es esto?—preguntaba el señor senador—¿que fenómeno presenta la República Argentina, que hace que seamos los únicos que necesitamos de una moneda depreciada para producir, para tener algo que exportar?

La producción—agregaba—en todas partes se hace con buena moneda—y sin embargo todos los agricultores viven; pero entre nosotros no pueden vivir.

Pero, ¿por qué sucede esto?

Por la misma razón que en la Banda Oriental: porque todos los precios es-

tán nivelados. Si el señor senador se hubiera tomado la molestia de leer un poco más y entrar en este arduo problema de economía política que se llama humildemente «los precios», se habría dado cuenta fácil y clara de por qué nos encontramos en las dificultades que tratamos de subsanar.

El señor senador seguía diciéndonos, invocando un nombre que para mí ha sido siempre respetable, el nombre de un viejo que era mi amigo, de un grande hombre, de Sarmiento, que poco antes de unas elecciones le decía al capitán: «¡capitán cuidado con hacer fuego sobre el pueblo!».

Decía muy bien. Y entonces Sarmiento tenía razón.

He ahí un hombre á quien llamaban autoritario, que hasta en los momentos de conflicto respetaba la libertad del pueblo. Era justo, pero no son justas las consecuencias del señor senador por Santa Fe: quienes hacen fuego no somos nosotros que deseamos salvar el pan que va á perder ese pueblo; son ellos los líricos, los astrónomos financieros, los que tienen el cañón apuntado al bolsillo del pueblo para llevarlo á la miseria y á la desolación.

—¡Muy bien!

Y después, con qué aire insinuante mi amigo y colega me miraba y me decía: «Los apologistas del papel, es decir, los apologistas de esta iniquidad que tiene nuestro país, de esta desgracia, de este papel moneda». Los apologistas, decía; pero entendámos, pues, precisamente no soy apologista. Aprecio la cuestión desde este punto de vista: el papel moneda lo considero indispensable en nuestras actuales condiciones; no concibo que nos sea posible cambiar el régimen monetario, abandonando este papel y aceptando el régimen metálico.

Esta es una cuestión muy larga y delicada, que deberemos debatir alguna vez; es necesario hacerlo. Sí, señor, soy un hombre que piensa que el papel no es malo, que es una moneda que tiene grandes condiciones por su baratura, por las ventajas que ofrece para las transacciones, por las facilidades que proporciona á los gobiernos; todo esto se sabe y no es porque no tenga peli-

gros, como no deja de tener peligro esta luz que nos alumbra. La electricidad, señor, ha muerto á una gran cantidad de gente hasta que la han podido dominar, y para esto han tenido que sufrir muchos hombres. Lo mismo pasó con el vapor, esa fuerza motriz tan conocida. El papel moneda, como todos los progresos humanos, tiene sus inconvenientes, pero tiene también sus ventajas, por más que las niegue el señor senador por Santa Fe.

Su principal inconveniente sensible son las oscilaciones de su valor; pero si nosotros llegásemos á conseguir la moneda de papel garantido, de la cual nadie dudará, como nadie duda del billete del Banco de Inglaterra ó de Francia, ese día tendríamos una moneda más perfecta que el oro, y esa moneda es el papel. Así, pues, todos los inconvenientes consisten en estas oscilaciones, y nuestros males han estado en la moneda en sí. No nos confundamos. El mal principal ha consistido en que no hemos tenido medio de afirmar esa moneda, de darle crédito, solidez, y ahora que podemos conseguirlo, ¿por qué la vamos á quitar de la circulación?

Limitemos sus oscilaciones y habremos hecho una moneda buena.

Y después nos hablaba de la equidad con que habían procedido nuestros antecesores el año 63.

Es un argumento contraproducente para la tesis que quería sostener el señor senador: nuestros padres, equitativamente, estando el papel á 22 lo pusieron á 25 por uno; si esta equidad le parece excelente al señor senador, ¿por qué no acepta la mía á 250?

—Risas.

**Sr. Anadón**—Es una equidad al revés.

**Sr. Uriburu**—El tipo era de 22, en plaza.

**Sr. Anadón**—Lo mejoraba.

**Sr. Uriburu**—El señor senador se equivoca.

**Sr. Pellegrini**—Los dos tienen razón. Uno se refiere al año 63 y el otro al año 67.

**Sr. Uriburu**—El año 67, cuando el doctor Alsina promulgaba la ley, el papel valía veintidós y se le fijó el tipo de veinticinco.

Así, pues, la equidad de nuestros padres está de mi lado y no del lado del señor senador.

—Risas.

Luego pasaba el señor senador á examinar la crisis, y siempre no viendo más que un sólo lado de la cuestión, nos decía que la crisis que queríamos conjurar es una crisis agrícola.

No, señor, es una crisis infinitamente superior á la agrícola; lo que queremos combatir es una crisis económica, profunda y general, de las peores que se conocen.

Hago esta salvedad, respecto de este modo de apreciar la cuestión, porque es empequeñecerla.

Después nos decía que el modo de salvar todas estas dificultades, consiste en reducir la unidad monetaria; que en vez de cien centavos la hagamos de veinte.

¿Pero qué es dividir la moneda? ¿Es alterar su valor? No, señor. Es fraccionar ese valor. Si á una moneda de cien se la divide en dos de á cincuenta, no se ha alterado el valor; el remedio sería ineficaz, sería lo mismo que si un médico, estando al lado de un enfermo grave dijera, sin tomarle el pulso: para que sane cambiémosle el vestido, cambiémosle la camisa. El enfermo se muere y no es el momento de pensar en semejante cosa, en cambiar la unidad de la moneda; esta sería la más grande de todas las locuras.

Esto sólo conduciría á preocupar la imaginación popular, sin modificar el valor efectivo de la moneda. Y, al subdividir esta moneda, lo único que haríamos sería llamar la atención de todo el pueblo sobre el poco valor que tiene: es decir, nos exprondríamos á desmonetizarla en vez de apreciarla.

Ese remedio no se puede tomar sino en condiciones normales.

La moneda sana es la aspiración sublime que tiene el señor senador por Santa Fe: muy bien; pero perdóneme que vuelva á aquello de la reducción del tipo de la moneda: á mí me parece una locura—y eso que lo trato con más consideración que lo que me han tratado á mí, puesto que me dijeron en mis bar-

bas, que mi idea de la emisión era una barbaridad!

—Risas.

Aquí tengo otro argumento que en la improvisación en que me encuentro ahora, apenas puedo desarrollarlo. Es un argumento *difícil*.

El señor senador nos decía que Rusia está produciendo mucho más trigo; toda la Europa va á producir más, y nuestro trigo va á depreciarse. ¿Y este era un buen tema para sostener su tesis?

¡No, señor!

Si el trigo actualmente con la depreciación que la valorización de la moneda le ha dado, no remunera y arruina al agricultor, si tras de esto viene la baja de los precios en Europa, el productor está dos veces arruinado, y, entonces, nuestra medida es la única salvadora: esto es lo recto.

Yo no quisiera seguir este debate, deseo concluirlo.

Nos hablaba del maíz de aquellas campañas de maíz que muchas veces no pueden cosecharse porque se ha sembrado mucho, pero esta es una crisis parcial que la hemos tenido aquí como en Estados Unidos y en otras partes.

Pero, señor, estas crisis son males parciales como cuando á un hombre le duele la cabeza; se le pasa el dolor poniéndose un remedio, y si no lo aguanta hasta que se le pase.

Son crisis que no afectan todo el organismo, que son efímeras en la vida de los pueblos; así, pues, la crisis del maíz, lo mismo que la del lino, lo mismo que la de la ganadería cuando ellas son solas, únicas, no afectan mucho; son un mal, pero no un gran mal, y lo que tratamos de curar ahora es un gran mal.

Ultimamente—y de esto creo que está convencido mi honorable colega,—nos decía: si llamáramos á un plebiscito, ese plebiscito nos daría á nosotros la victoria y ellos saldrían derrotados!

Perdone que le diga que está completamente equivocado. Yo he recibido una gran cantidad de manifestaciones á favor de estos proyectos, ya sea de los del Gobierno ó de los de la minoría de la Comisión, y estoy seguro de que si llamáramos al pueblo para que se pronunciase al respecto, no serían ellos los que

trunfarían, sino nosotros, porque en estas crisis todos tienen que sufrir; no sólo los agricultores, no sólo los ganaderos, no sólo los industriales, sino también los comerciantes y todos los habitantes de las ciudades. Está á la vista la liquidación de grandes bazares; la ausencia de tiendas en las callas centrales; esa cantidad de locales por alquilar, sin encontrar inquilinos; la pobreza que se nota en las peluquerías, sastre-rías, zapaterías y en todos los ramos de la producción humana.

¿Qué le indica todo esto al señor senador?

Que esto principia en un punto, como un incendio, pero que puede abrasar todos los intereses sociales.

Y acabaré con la última reflexión de mi honorable colega: el cántico, el cántico final.

—Risas.

Yo creo que esta es la parte verdadera, la parte sólida de su argumentación. Que es un cántico de la astronomía admirando el brillar de las estrellas, es todo lo que se quiera, pero es un canto.

No es verdad, no es lo que necesita el país; lo que necesita el país es que este proyecto, el de la mayoría ó el de la minoría, sea sancionado, á fin de que nos libre de la situación en que estamos, y que no podríamos soportar seis meses sin ir á un desastre.

—¡Muy bien!

**Sr. Anadón**—Voy á contestar con toda la brevedad que me sea posible, algunas de las referencias del señor senador por Salta.

Empezó diciendo que yo aplicaba un antejo de astrónomo á las nubes, olvidando que la enfermedad que trata de curarse está en la tierra. Es posible que yo no tenga la práctica, la experiencia, el conocimiento de los negocios que reúne el señor senador, para apreciar con verdadera conciencia esta materia; pero la culpa no es mía, sino de los que me obligan á improvisar y nos están obligando á todos á formar una opinión sin antecedentes.

La culpa es de los que hacen una Providencia del Gobierno; la culpa es de los que han producido esta anarquía

entre los ganaderos, los agricultores, los productores y los comerciantes en todo el país, porque no hay un solo gremio que esté relativamente acorde en cuanto á los proyectos que se discuten. De manera que todos están dirigiendo su anteojo hacia las nubes, empezando por la Comisión de Hacienda, que no ha conseguido uniformar sus opiniones.

En cuanto á la emisión del año pasado y á los argumentos que se le opusieron al señor senador, me refiero á ellos, persisto en mi juicio de entonces, y creo de nuevo que el mal se hubiera agravado considerablemente. Yo no necesito agregar nada á este respecto, porque el señor senador por Buenos Aires, miembro informante de la mayoría, se ha encargado ya de contestar: que es una calamidad el régimen del papel moneda.

El papel moneda inconvertible y sin oscilaciones, como lo quiere el señor senador, es simplemente una quimera. Las emisiones del Banco de Inglaterra ó el Banco de Francia, no tienen nada que hacer en este caso: ellas son una verdadera moneda de papel de curso legal, en cuanto sirven para cancelar las obligaciones á su presentación, haciendo veces de moneda metálica, porque son perfectamente convertibles y porque equivalen á la esterlina.

¿Quién hace fuego sobre el pueblo?, preguntaba el señor senador por Salta, refiriéndose á una evocación del presidente Sarmiento, que yo hacía.

Señor Presidente: no es por espíritu de represalia, pero yo creo que quienes hacen fuego sobre el pueblo son los que tratan de proteger las industrias por todos los medios imaginables, y que no contentos con haber hecho lo posible para encarecer la vida, ahora han discurrido un nuevo procedimiento de protección, el de alterar la relación de la moneda; y digo que hacen fuego sobre el pueblo, porque yo considero que la protección á las industrias produce los mismos resultados que el invernáculo respecto de las plantas exóticas, es decir, que el calor y los recursos del arte, pueden formar un remedo de vegetación tropical en las vecindades del polo; pero sólo la naturaleza, el sol, la libertad, son capaces de producir esos ejemplares co-

losales que constituyen el encanto de los ojos y el lujo de la selva.

— ¡Muy bien! ¡Muy bien!

La reducción de la unidad monetaria, me decía el señor senador, no importa la modificación de su valor. Es claro que no importa la modificación de su valor, y he sostenido siempre que el Estado no tiene derecho semejante, que se puede reivindicar, como antes dije, para los reyes falsos monederos.

Aquí tengo un extracto que demuestra cómo la operación de cambiar el valor de la moneda por la emisión ilimitada de papel inconvertible, es un procedimiento idéntico al empleado por Felipe el Hermoso y todos los demás, que cambiaban la cantidad de milésimos de fino que tenía la moneda en aquel tiempo.

No he pretendido, pues, modificar el valor de la moneda, sino tender á la baja de los precios por la reducción de la unidad, fenómeno que se ha observado siempre, aunque no es fácil su explicación directa. Pero es sabido que el tipo de la moneda influye de una manera decisiva sobre el poder adquisitivo, y si necesitara referirme á un antecedente, me basta la antigua moneda corriente de Buenos Aires. Lo que valía entonces tantos pesos moneda corriente, casi vale hoy los mismos pesos nacionales, aunque haya una diferencia de mil quinientos á dos mil por ciento entre una y otra.

Esta pobreza á que el señor senador se refiere, la clausura de algunos bazares, la miseria pública que él ha invocado, ¿qué demuestran? Demuestran muchas cosas: que los impuestos son altos, que hay una gran perturbación en la economía nacional, que aquella tesis elocuentemente sostenida por el señor senador por Buenos Aires, de que lo que perjudica á la industria daña necesariamente al comercio por la vida de relación de los órganos, no es cierta, sino cuando se trata de la salud perfecta; pero cuando está enferma la economía del país, como ocurre ahora, hay organismos que se atrofian y organismos que se hipertrofian, porque la mala circulación de los valores, quiero decir, de la

sangre, produce la alteración de las funciones.

He concluido.

**Sr. Presidente**—Se va á votar en general el despacho de la mayoría de la Comisión.

—Se vota y resulta afirmativa.

**Sr. Uriburu**—¿Contra cuántos votos?

**Sr. secretario Ocampo** — Veintiuno contra siete.

**Sr. Uriburu**—Pido que se rectifique la votación.

—Rectificada la votación dice el

**Sr. secretario Ocampo** — Afirmativa contra ocho votos.

**Sr. Pellegrini**—Hago moción para que se levante la sesión.

**Sr. Presidente**—Se va á votar si se levanta la sesión.

—Se vota y resulta afirmativa.

—Eran las 6 p. m.

ANGEL MENCHACA,  
Director de taquigrafos.